

Las ideas antropológicas de Hervás y Panduro

Por Luis S. GRANJEL
Catedrático de Historia de la Medicina
en la Universidad de Salamanca

I. UNA ACTITUD INTELECTUAL

1.—*La vida y la obra de Hervás*

Setenta años bien cumplidos duró la existencia de don Lorenzo Hervás y Panduro, jesuita en España, abate en Italia. Nació en un pueblecito de Cuenca, Horcajo de Santiago, el 10 de mayo de 1735, y murió, en Roma, el 24 de agosto de 1809 (1). De familia de labradores, era el menor de tres hermanos. Ingresó en la Compañía de Jesús, en Madrid, el 29 de septiembre de 1749, siendo enviado por sus superiores a cursar en Alcalá filosofía y teología; completó su formación intelectual estudiando con el famoso jesuita P. Cerdá, astronomía y matemáticas. Se ordenó de sacerdote en 1760. Comienza su labor profesoral en el Colegio de jesuitas de Cáceres, pasando más tarde, en 1764, al célebre Seminario de Nobles de Madrid, y después, a finales de 1766, al Colegio de la Anunciata, de Murcia. El decreto de expulsión de la Compañía de Jesús, firmado por Carlos III en 1767, cierra este primer período de la vida de Hervás; ini-

(1) El lector que desee mayores noticias sobre la vida de Hervás deberá consultar la obra de Fermín Caballero: *Conquenses ilustres, I. Noticia biográfica y bibliográfica del abate don Lorenzo Hervás* (Madrid, 1868; págs. 21-80) y el trabajo de E. Portillo: "Lorenzo Hervás. Su vida y sus escritos" (1735-1809), publicado en *Razón y Fe*, tomos XXV a XXXIII; Madrid, 1909-1912; la parte biográfica en este amplio estudio comprende los números y páginas siguientes: XXV, 34-50 y 277-292; XXVI, 307-324; y XXVII, 176-185.

cia ahora, forzado por aquel acontecimiento, una segunda etapa, desde luego la más importante de su existencia; como escribe Caballero, "queda peregrino en el mundo, reducido a sus solas fuerzas, aislado y de su propia cuenta: era *jesuita*; va a ser *abate*" (2). Su vida de destierro transcurre en Italia, primero en Forlì, más tarde en Cesena, por último en Roma, donde se establece hacia 1783. En 1789, acogiéndose a un permiso del Gobierno español que autorizaba el retorno de los antiguos jesuitas exilados, regresa a España; durante unos veinte meses, entre el 1.º de febrero de 1799, fecha de su arribo a Barcelona, y 1801, residió en su pueblo natal; en el mes de abril de este último año llega a Cádiz para embarcar allí camino de un nuevo destierro que será definitivo; la partida se difiere hasta el 18 de julio de 1802. Ya en Roma, el Papa Pío VII, a quien Hervás había tratado durante su estancia en Cesena, le nombró bibliotecario del Quirinal, cargo que regentó hasta su muerte. La estancia en Roma fué para Hervás decisiva; amplió extraordinariamente el campo libresco en que saciar su inextinguible voracidad intelectual; por otra parte, la disolución de la Compañía de Jesús, decretada por Clemente XIV (21 de julio de 1773) trajo a Roma jesuitas de toda Europa y de las lejanas misiones, con cuyo trato recogió Hervás muchas de las noticias que enriquecen sus obras. Fué nuestro biografiado socio de la Real Academia de Ciencias de Dublín y de la Etrusca de Crotona (1789), teólogo del cardenal Albani y canonista del cardenal Reverella (1798), bibliotecario, como ya indiqué, del Papa Pío VII (1804) y socio de mérito de la Sociedad Económica Vascongada (1805).

Su obra escrita, que en parte quedó inédita, abarca los temas más diversos, y es buen exponente de la labor enciclopédica que como publicista llevó a cabo Hervás. Refiriéndome aquí, solamente, a lo que de aquélla importa a la intención de mi estudio (3), citaré, en primer lugar, la monumental *Idea dell'Universo* (Cesena, 1778-1787), integrada por 21 volúmenes (4) distribuidos del modo siguiente: "Storia della vita dell'uomo" (vols. I-VIII) (5); "Elemen-

(2) F. Caballero: *Op. cit.*; pág. 37.

(3) Sobre las obras de nuestro autor cfs. F. Caballero: *Op. cit.*; páginas 81-168, y E. Portillo: *Op. cit.*; números XXVIII, 59-79 y 463-475; XXIX, 329-339 y 438-458; XXX, 319-327; XXXI, 20-34 y 331-339; XXXII, 14-28 y 199-210, y XXXIII, 198-214 y 448-460.

(4) En opinión de E. Portillo, pertenecerían a esta obra sólo los 16 primeros volúmenes; los cinco últimos, dedicados a la Historia de las lenguas, no forman parte del esquema general de aquélla (E. Portillo: *Op. cit.*; número XXVIII; pág. 69); opinión que, al parecer, había sido ya expresada por el propio Hervás.

(5) Vol. I: "Concezione, nascimento, infanzia e puerizia dell'uomo" (1778); Vol. II: "Pubertá e gioventù dell'uomo" (1778); Vols. III a VI: "Virilità dell'uomo" (1778-80); Vol. VII: "Vecchiaja e morte dell'uomo" (1780), y volumen VIII: "Notomia dell'uomo" (1780).

ti cosmografici" (vols. IX-XVI) (6), y "Storia delle lingue" (vols. XVII-XXI) (7); esta obra incluye la primera versión de las ideas antropológicas que luego Hervás reiteró, ampliadas y modificadas, en las dos obras escritas ya en castellano: *Historia de la vida del hombre* (7 vols.; Madrid, 1789-99) y *El hombre Físico, ó Anatomía Humana físico-filosófica* (2 vols.; Madrid, 1800) (8). Le edición de la primera de estas dos obras fué rica en incidencias; los dos primeros volúmenes se editaron el año 1789; una Real Orden de 1790 prohibió su venta e impidió la edición del tercer volumen, el cual, retenido por la censura, no pudo publicarse hasta 1794; los volúmenes siguientes, censurados por la Academia de la Historia, pudieron ser editados con mayor regularidad entre 1796 y 1799. El extravío de unos cuadernos del manuscrito que, desde Roma, iba enviando Hervás, motivaron, con un cambio de imprenta (9), el que en el volumen séptimo se repitiesen 336 páginas ya editadas en el volumen anterior (10). Y no sólo esto, pues el manuscrito que había de formar el último volumen de la obra, censurado desfavorablemente, no pudo ser editado (11); asimismo, en los capítulos dedicados a estudiar la vida social del hombre en su virilidad los censores de la obra obligaron al editor a suprimir varios párrafos aislados y dos capítulos íntegros, el 3.º y 4.º; tampoco incluye esta edición española, comparada con los volúmenes de la versión italiana, los tratados "El Hombre en religión" (*Storia*; Vol. III; Cap. 2) y "El Hombre en la Agricultura, en la Milicia, en las Artes y en el Comercio" (*Storia*;

(6) Vols. IX-X: "Viaggio estático al mondo planetario" (1781), y Vols. XI a XVI: "Storia della Terra" (1781-84).

(7) Vols. XVII: "Catálogo delle lingue conosciute e notizia della loro affinitá e diversitá" (1784); Vol. XVIII: "Origine, formazione, meccanismo, ed armonia degl'idiome" (1785); Vol. XIX: "Aritmética delle nazioni e divisione del tempo fra gli orientali" (1786); Vol. XX: "Vocabulario poligloto, con prolegomeni sopra piú di CL lingue" (1784), y Vol. XXI: "Saggio pratico delle lingue, con prolegomeni e una raccolta di orazioni dominicali in piú di CCC lingue e dialetti" (1787).

(8) El catálogo de la Obra escrita de Hervás incluye, junto a las citadas, otras numerosas obras, cuyo recuerdo no es aquí preciso, que se refieren a temas filológicos, históricos y de erudición religiosa.

(9) Confirma, en efecto, la accidentada historia de la edición de esta obra no sólo el tiempo—diez años—transcurrido entre la aparición del primero y el último volumen, sino también que éstos fueron editados en cinco imprentas distintas.

(10) En efecto, el texto de las 336 primeras páginas del vol. VII es reproducción literal del que incluyen las págs. 128 a 455 del vol. VI.

(11) Según E. Portillo, este volumen iba a contener varios alegatos escritos por Hervás en defensa de su obra (E. Portillo: *Op. cit.*; XXIX; pág. 334).

Vols. IV y V) (12). Le edición de *El Hombre Físico* se realizó sin incidentes.

La crítica, que no ha dedicado a la figura de Hervás toda la atención de que es merecedora, se limita, con persistente unanimidad, a ver en Hervás al filólogo, y aunque, ciertamente, sea este el capítulo más valioso de su obra, ello no resta importancia a otros capítulos entre los que destaca el antropológico. Mi trabajo pretende llenar, en lo posible este vacío, evidente en la bibliografía crítica sobre Hervás, estudiando sus ideas antropológicas, ampliamente expuestas y razonadas en la *Historia de la vida del hombre* y en *El Hombre Físico*.

2.—Enciclopedismo y antropología

Dos rasgos singularizan, de modo preferente, la labor de publicista de Hervás: su carácter enciclopédico y la preponderancia que en ella concedió a los temas antropológicos. Uno y otro ligan estrechamente a su autor con los hombres más representativos de su siglo. Analizaré, someramente, ambas peculiaridades de la obra de Hervás, marcando su relación con las corrientes ideológicas que impusieron su sello a la Ilustración.

Refiriéndola a la historia cultural de su patria, a la que no obstante su extradición es justo incorporarla, la vida de Hervás pertenece a la tercera de las generaciones de eruditos, hombres de ciencia y políticos que cumplieron el ambicioso programa de renovación iniciado desde la fecha en que la paz de Utrecht (1713) asentó a la dinastía borbónica en España y puso paz en las discordias nacionales; labor ésta que queda troncada, y en buena parte se pierde, desde los sucesos que preludian la guerra de la Independencia seguida de las asonadas políticas y luchas civiles que no habían de concluir hasta la restauración de los Borbones (1874), fecha que inaugura un nuevo período de florecimiento cultural y científico. La primera de aquellas tres generaciones la forman hombres que, nacidos en el siglo XVII, inician su labor entre el segundo y el cuarto decenio de la centuria siguiente, anticipando muchos de los propósitos que convirtieron en realidad las dos generaciones que les siguieron; figuran en este grupo, ante todo, los introductores, en España, de las nuevas corrientes filosóficas enemigas declaradas del escolasticismo con el cual hubieron de polemizar agriamente (Avendaño, Tosca, Berni y los médicos Martín Martínez y Zapata); junto a ellos dos grandes

(12) E. Portillo: *Ibid.*; XXIX; pág. 332. El manuscrito con la versión, reformada, de "El Hombre en religión", lo escribió Hervás durante su estancia en Horecajo; encuadernado en tres volúmenes se encuentra hoy en la Biblioteca Nacional, Mss. 7.963.

renovadores: Macanaz y Feijóo; también formaron parte de aquella otros dos médicos: Solano de Luque y Casal y el historiador fray Francisco Braganza. Integran la segunda generación quienes, al promediar el siglo, se encuentran en la plenitud de su vida intelectual; entre sus individualidades más destacadas figuran los dos grandes geógrafos y astrónomos Jorge Juan y Antonio de Ulloa; médicos como Andrés Piquer y Pedro Virgili; eruditos como los Mayans; el botánico Quer; los humanistas P. Sarmiento, el marqués de Valdeflores y don Ignacio de Luzán, y los historiadores PP. Flórez y Burriel. Los que forman la tercera generación, coetáneos de Hervás, alcanzan ya, casi todos, las primeras décadas del siglo XIX; se cuentan entre sus componentes Cadalso; los fabulistas Samaniego e Iriarte, y entre los dramaturgos Moratín; los grandes políticos Floridablanca, Olavide y Jovellanos; eruditos como don Tomás Sánchez, Campomanes, Capmany, Forner y Fernández de Navarrete; el jurista Martínez Marina; los humanistas Pérez Bayer y Casiri; el primer continuador de la *España Sagrada* fray Manuel Risco, el P. Masdeu y el historiador de Indias don Juan Bautista Muñoz; el matemático Bails; químicos como los hermanos Elhuyar y don Francisco Carbonell; los botánicos Gómez Ortega, Mutis, Cavanilles y don Félix de Azara; los geógrafos don Vicente Tofiño y don Tomás López, y el anatómico Gimbernat.

La relación transcrita no pretende ser, bien se comprende, exhaustiva; tampoco se atiene a una interpretación muy rigurosa del concepto de generación, pero sirve para mi propósito que no es otro que situar la figura intelectual de Hervás dentro del ámbito cultural de su patria y su tiempo, colocándola entre quienes fueron coetáneos suyos, sucediendo a aquellos a los que él, lector incansable, no pudo dejar de conocer. Entre los años 1789 y 1800, fechas que limitan la publicación en España de las obras más importantes de Hervás, continúan apareciendo volúmenes de la *Historia crítica de España* del P. Masdeu (1783-1805), concluye de editar don Antonio Ponz su *Viaje por España* (1772-1792) y prosigue la publicación de la *España Sagrada* iniciada por el P. Flórez; Tofiño edita su segundo *Derrotero de las costas de España* (1789), don Hipólito Ruiz publica su *Quinología* (1792); Mutis su *Arcano de la Quina* (1793-1794) y Cavanilles da a conocer sus trabajos botánicos; don Francisco Carbonell edita la *Disertación sobre el álcali volátil* (1789); don Andrés Manuel del Río publica unos *Elementos de Orictognosia* (1795-1805) y Salvá su *Memoria sobre la electricidad aplicada a la telegrafía* (1795); en 1793, Proust inició la publicación de los *Anales del Real Laboratorio de Química de Segovia*; el mismo año escribió Gimbernat su *Nuevo método de operar la hernia crural*.

El que Hervás escribiera sus más importantes obras en Roma, donde el ambiente, unido a su insaciable voracidad intelectual, tuvieron que ponerle en contacto con las más importantes corrientes del

pensamiento europeo vigentes en la segunda mitad de la centuria, obliga a ampliar este esbozo de la situación que dió marco histórico a la vida de nuestro autor, completándolo con una alusión, también breve, del empirismo inglés y de los creadores de la Ilustración, dos formas de pensamiento estrechamente enlazadas y que ejercieron ambas un innegable influjo sobre Hervás, si bien, como habrá ocasión de confirmarlo, no consiguieron hacer vacilar su firme ortodoxia.

El empirismo se desarrolla en Inglaterra paralelamente al racionalismo francés y alcanza su plena formulación en el período que transcurre de Bacon a Hume, entre quienes se sitúan Hobbes y Locke. Sus rasgos más peculiares: interés predominante por el problema del conocimiento, desvío ante las cuestiones propiamente metafísicas, el cultivo, como método, de un empirismo sensualista y la inclinación hacia la psicología y su propensión a dar primacía a la experiencia sensible, influyen decisivamente en los ideales de la Ilustración, incluso en la vida social y política del siglo. Ya en el primer tercio de la centuria se hizo evidente una declinación de la metafísica; Newton y Locke predominan sobre Descartes (13). A la primera generación de la Ilustración pertenecen Pierre Bayle, en quien ya es evidente el carácter enciclopedista y divulgador propio de aquélla, Montesquieu, Voltaire y Wolff, el popularizador de la filosofía de Leibniz. Forman la segunda generación La Mettrie, Rousseau, Diderot, Condillac, Helvecio, D'Alembert, Holbach, Turgot y Lessing. En la tercera generación se alinean los coetáneos de Hervás en el ámbito europeo; hombres que, nacidos al promediar la centuria, alcanzarán casi todos, como nuestro autor, las primeras décadas del siglo XIX; presiden este grupo Condorcet, último pensador de la Ilustración, Cabanis, Proudhon, y entre los científicos Lavater, Lamarck, Volta y Galvani.

El empleo, exclusivo, del método racional como procedimiento discursivo, la aspiración enciclopédica y el empeño divulgador y educador, tres rasgos que definen la actividad intelectual del erudito dieciochesco, son también manifiestos en las obras de Hervás, hombre representativo de la época en que vivió (14). El enciclopedismo tiene

(13) El tránsito entre la nueva era que inició Descartes al mediar el siglo XVII y el cambio que ahora sobreviene lo señala una auténtica "crisis" recientemente historiada por Paul Hazard (*La crisis de la conciencia europea*; edición española. Madrid, 1941).

(14) Aludiendo a este carácter de la obra de Hervás, bien ejemplificada en su *Idea dell'Universo*, escribe Menéndez Pelayo: "Achaque fué de doctos varones... emprender obras superiores a las fuerzas humanas, y que, por lo tanto, e habían de quedarse incompletas o no salir con la posible perfección en todas sus partes. El espíritu enciclopédico había contagiado aun a los hombres más apartados de su influencia" (*Estudios y discursos de crítica histórica y literaria*; IV; Santander, 1942; pág. 45). Ya su primer biógrafo había apuntado un juicio semejante: "Don Lorenzo Hervás tenía más capacidad compiladora y asimiladora que inventiva; mayor facilidad para ordenar que para crear; memoria superior a su no vulgar inteligencia" (F. Caballero: *Op. cit.*; pág. 211).

su primera encarnación en el *Dictionnaire historique et critique* de Pierre Bayle, y su versión más difundida en la famosa *Encyclopédie* publicada, entre 1750 y 1780, bajo la dirección de Diderot y D'Alembert; el carácter enciclopédico de las obras de Hervás no precisan confirmación; los 21 volúmenes de su *Idea dell'Universo* constituyen uno de los ejemplos más representativos de cuantos pudieran aducirse para simbolizar el enciclopedismo que tantos adeptos y seguidores consiguió en su tiempo. También en Hervás es manifiesto su racionalismo (15). "En este discurso —escribe nuestro autor en la portada de su *Historia de la vida del hombre* (16)—, he tenido por guía la sola razón natural, porque ésta sin ayuda de la revelación, basta para darnos a conocer la dignidad y excelencia del Hombre"; y en la Introducción a *El Hombre Físico* (17), anticipa que ha realizado su obra "sirviendo de guías la razón, la experiencia y la crítica"; y añade: "Con estas fieles guías, que insensiblemente, y sin errar, nos dirigirán y llevarán por el espacioso y seguro camino que nos ha descubierto la revelación divina, haré que el hombre entre en el más augusto templo que tiene la naturaleza: esto es, presentaré a la perspicacia de su vista mental abierto y patente el augusto templo de su cuerpo y espíritu. Rasgaré y quitaré el velo, que para ocultar las siempre maravillosas obras de la naturaleza, pusieron en este templo la vergonzosa ignorancia y la temeraria preocupación de los espíritus insensibles al influxo de la razón, o desobedientes a su dirección e imperio." (18).

En las obras de Hervás, como en las de quienes mejor representan el siglo en que vivieron, se hace evidente la preocupación que en todos despertó entonces el tema del hombre. *The proper study of mankind is the man*, escribió Pope; "la atención de los 'philosophes' del siglo XVIII —nos dice Julián Marías, refiriéndose a lo mismo— recae muy especialmente sobre el hombre" (19). En la segunda mitad de la centuria cobró realidad este interés en obras como el *Traité sur les sensations* de Condillac, *L'homme machine* de La Mettrie, el libro *De l'Esprit* que escribió Helvecio y el *Treatise of human nature* de

(15) Menéndez y Pelayo incluye a Hervás entre los secuaces del espiritua-
lismo cartesiano (*La Ciencia Española*; tercera edición; Madrid. 1887-89; volu-
men I; pág. 18).

(16) *Edic. cit.*; vol. I; pág. 7.

(17) *Edic. cit.*; vol. I; pág. 4.

(18) Los dos párrafos transcritos reflejan bien la firmeza con que Hervás,
y como él cuantos vivieron, en su tiempo, el espíritu de la época, creyeron en
la razón. En el siglo XVIII, escribe Dilthey, "la inteligencia se considera sobe-
rana frente a la vida" ("Federico el Grande y la Ilustración alemana"; *De
Leibniz a Goethe*; edic. esp.; México, 1945; pág. 107); "La razón—repite Paul
Hazard—se basta a sí misma; el que la posee y la ejercita sin prejuicios no se
engaña nunca" (*El pensamiento europeo en el siglo XVIII*; edic. esp.; Madrid.
1946; pág. 32).

(19) J. Marías: *El tema del hombre*; Madrid. 1943; pág. 301.

Hume; el hombre como ser social, y los principios que deben presidir su educación (20), fueron expuestos por Rousseau en dos de sus más leídas obras: *Le Contrat social* y el *Emile*; también en los últimos decenios del siglo desarrollaron su obra los que con Hobbes, Hume y Condillac fueron creadores de la psicología (Hartley, Bonnet, E. Darwin, Priestly y Brown). Al comienzo del Libro 1.º de su *Historia de la vida del Hombre*, anticipa Hervás el tema que ha de ocuparle en los siete volúmenes de la obra, esbozando una completa antropología, dando al vocablo el significado que hoy se pretende devolverle; “presento —describe allí (21)— al Hombre el retrato más vivo de sí mismo: hago del mismo Hombre perfecta anatomía: hablo siempre del Hombre; y explico lo que es el Hombre”; tal saber de sí mismo debe ser inquietud primordial en el vivir humano; las preguntas, añade Hervás, “¿Qué soy?” “¿Quién me ha hecho, y para qué me ha hecho?” “¿Dónde estoy, y adónde voy?”, han de tener eco en la mente de todos; “quien así no piensa —concluye (22)— no merece ser Hombre. La primera, última, y casi única ciencia del Hombre es el conocimiento de sí mismo, con relación al fin de su creación”.

3.—La actitud religiosa.

Donde la postura intelectual de Hervás se separa de la actitud corrientemente mantenida por los herederos del pensamiento de la Ilustración, es en el fondo creencial que soporta las ideas tanto de éstos como de nuestro autor acerca de la realidad humana. En efecto, la ortodoxia de Hervás, conviene afirmarlo, no presenta máculas; hecho tanto más notable cuanto que los eruditos, filósofos y hombres de ciencia europeos coetáneos suyos, con contadas excepciones, evolucionaron hacia el ‘deísmo’, y muchos a una negación absoluta de la verdad revelada; sirvan de ejemplo los nombres de un Holbach o un La Mettrie.

Hervás, como los intelectuales educados en el espíritu de la Ilustración, se vertió íntegramente, a la contemplación de la realidad que captaban sus sentidos, entregándose, gozosamente, a su conocien-

(20) Y no olvidemos que la dimensión coexistencial del hombre y su educación fueron temas de preferente atención para los orientadores del pensamiento europeo en este siglo. uno y otro, hemos de ver, fueron también tratados con especial detención por Hervás. “Era—el que alentaba en los hombres del XVIII—en ideal intelectualista: aspiraba a plasmar en procesos mentales todos y cada uno de los valores de la vida. El bienestar general es el fin y la ilustración que ayuda a formarse mediante conceptos claros, el medio” (W. Dilthey: “Federico el Grande y la Ilustración alemana”; *Op. cit.*; página 164).

(21) Vol. I; pag. 2.

(22) *Ibid.*; pág. 2.

to; respiran todas sus obras el optimismo inquebrantable tan peculiar de su siglo; los hombres del siglo XVIII, situados, escribe Paul Hazard, "entre el cielo, cuya bóveda no se intentó ya atravesar, y las profundidades del inconsciente, que se renunció a sondear, se instalaron en un país sin misterios donde se sintieron perfectamente a gusto, y que iluminaron para hacerlo más humano" (23). Tal optimismo; el creerse en posesión de la verdad, explica que estos filósofos y eruditos realizasen una intensa actividad proselitista y divulgadora; buscaron difundirla y conformar el espíritu de los hombres y su vida social según el canon de la nueva verdad; realmente significativa es en este aspecto, la siguiente frase estampada por Hervás en la Dedicatoria de su *Historia de la vida del Hombre*: "En ella trato del Hombre, y de la felicidad de éste" (24). Los enciclopedistas, y aquí puede unirse a ellos el nombre de Hervás, como escribe Ortega y Gasset (25), "creen que han encontrado *por fin* lo que la humanidad venía, desde milenios, buscando, sin haberlo hallado hasta entonces... Es el *pleroma* —la plenitud de los tiempos"; desde tal actitud, poseídos por esta creencia, sólo podían, añade Ortega, "ocuparse de una faena que, en rigor, es por completo diferente de la sabiduría misma: la faena de transmitirla a los demás... Era lógico, pues, que el afán de los enciclopedistas fuese 'popularizar' el saber —un saber que estaba ya ahí y que era definitivo" (26).

Extraversión; creencia firme de hallarse en posesión de la única guía que podía conducirles al conocimiento de la verdad; seguridad absoluta de que los hombres sometiendo sus vidas a los dictados de la razón alcanzarían una felicidad y una sabiduría que antes ni siquiera podía soñarse. Hasta aquí, el paralelo entre nuestro autor y los más preclaros hijos de la Ilustración es innegable; pero hay entre éstos y aquél, decía antes, una disparidad que conviene destacar. Desde esta actitud intelectual, ciertamente equívoca, las mentes ilustradas se deslizaron, insensiblemente, en un proceso de progresiva secularización de sus conciencias; se hace evidente un alejamiento del hombre de la Divinidad; "ahora —como dice Groethuysen analizando este proceso (27)— Dios y el hombre son extraños el uno para

(23) P. Hazard: *El pensamiento europeo en el siglo XVIII*; pág. 220.

(24) *Ibid.* cit.; vol. I.

(25) J. Ortega y Gasset: *Obras Completas*; vol. VI; Madrid, 1947; páginas 363-64.

(26) Por ser así, como apunta Cassirer, "tal vez no haya existido nunca una armonía más completa entre teoría y práctica, entre pensamiento y vida, que en el siglo XVIII. Todos los pensamientos eran inmediatamente convertidos en actos; todos los actos estaban subordinados a principios generales y eran juzgados según normas teóricas" (*El mito del Estado*; edic. esp.; México, 1947; págs. 211-12).

(27) B. Groethuysen: *La formación de la conciencia burguesa en Francia durante el siglo XVIII*; edic. esp.; México, 1943; pág. 182.

el otro. Se hallan frente a frente como dos seres independientes. Cada uno de ellos puede ser pensado sin el otro". Acabará por calificarse la Religión como de rémora del progreso intelectual y científico, incapaz de soportar una verdadera moral y un orden político-social justo; tal es la lección que deduce un Holbach en su *Politique Naturelle* y un Diderot en su *Supplément au voyage de Bougainville*.

Muy otra es la postura de Hervás; vertido al mundo que le descubren sus sentidos, eso sí; curioso también por conocer los misterios que encierra la naturaleza humana, en todo encuentra, sin embargo, la huella de la Divinidad y el resplandor de su gloria. "La naturaleza —escribe en una de sus obras— es fiel intérprete y oráculo claro de la divinidad; para cuyo conocimiento basta oír sus voces. La omnipotencia y la sabiduría de nuestro Criador son los dos polos sobre que ella estriba siempre, obrando, y mostrándonos su obra" (28); la voluntad divina, añadirá, "hace vegetar la materia en las plantas y en los animales; por lo que ni una hoja en aquéllas, ni un pelo en éstos, vegeta, se mueve, dura, o falta sin la voluntad divina...; la expresión *leyes naturales* es poco filosófica, porque no da idea de su verdadera significación que es la voluntad divina: no hay otra ley que ésta: todo cuanto vemos suceder y obrarse en la naturaleza, es efecto de la voluntad divina que es su ley" (29). El conocimiento por parte del hombre de la complicada fábrica de su propia naturaleza debe servirle para mejor ensalzar a su Creador: "No será posible —dice nuestro autor (30)— que el hombre, entrando en tan augusto templo; y observando atentamente sus maravillas, dexé de reconocer en ellas la sabiduría infinita, y el poder omnipotente del Criador; y no se sienta íntimamente penetrado del más profundo respeto a su excelsa y adorable magestad, y del más tierno agradecimiento por los excesos de su bondad inmensa" (31). Podrían multiplicarse las frases de Hervás expresión de esta actitud, sinceramente religiosa, con que escruta y expone la realidad humana; el estudio de sus funciones le arranca reiteradas exclamaciones como éstas que cito a título de ejemplo: "Ciegos verdaderamente somos, si no reconocemos, adiniramos, adoramos y bendecimos la suma bondad y sabiduría de nuestro Dios, que resplandecen en los ejercicios más ordinarios y usuales

(28) *El Hombre Físico*; vol. I; Introducción; pág. 3.

(29) *Ibid.*; vol. II; pág. 174.

(30) La misma intención se descubre en las restantes obras de Hervás; sirvan de confirmación las siguientes palabras, escritas al duque de Montemar en la dedicatoria del *Viaje estático al mundo planetario*: "Os presento esta Obra, en la que llamando toda la atención del hombre, propongo a su vista corporal y mental la excelsa fábrica de los Ciclos, morada visible del invisible y eterno Ser, para que por medio de la contemplación de las regiones celestes, el hombre conozca al Supremo Arquitecto en sus obras, y en sus criaturas al Criador" (vol. I; Madrid, 1793-94).

(31) *El Hombre Físico*; vol. I; págs. 4-5.

de nuestro cuerpo” (32); “¿Es posible que en el mundo haya hombres dotados de entendimiento para contemplar estos prodigiosos efectos, y que sin atender a ellos, sin fixar su consideración en su contemplación, sean como otras tantas bestias que no reconocen por sus obras al Criador?” (33); el estudio de la ‘economía sensitiva’ es, para Hervás, “un incentivo poderoso para alabar la sabiduría divina que tan admirable se muestra en sus criaturas” (34). Y siempre, sean su tema los astros del cielo, la infinita variedad de las cosas terrenas o las partes del cuerpo humano y sus funciones, en todo ello, dice nuestro autor a sus lectores (35), “la naturaleza, si no os hace sensiblemente visible nuestro adorable Criador, ciertamente os lo hará conocer clara y evidentemente: vosotros contemplándolas, quedaréis dulcemente encantados, y felizmente sordos á las engañosas y halagüeñas voces de la mundana y falsa filosofía”.

II. EL HOMBRE FISICO

I.—*Imagen del hombre*

Dos amplios capítulos integran la imagen del hombre dibujada por Hervás, El primero nos presenta la individualidad humana —hoy diríamos su realidad somatopsíquica. En el segundo, trata de las edades del hombre; de la educación que, siguiendo fielmente los ideales pedagógicos de su tiempo, considera nuestro autor precisa para convertirle en miembro útil de la sociedad, y, finalmente, de las formas coexistentiales de su existir y de la dimensión trascendente, religiosa, de su vida. El estudio del hombre como individuo; organismo viviente animado por un espíritu capaz de reflexión, dotado de las tres potencias —memoria, entendimiento y voluntad— concedidas por su Creador a la criatura humana, lo realiza Hervás en *El Hombre Físico*, una de de las dos obras de las que vengo haciendo reiterada mención en este estudio. Sus dos volúmenes comprenden seis Tratados; los tres primeros, incluidos en el primer tomo, estudian, sucesivamente, los siguientes temas: “Utilidad y progresos de la Anatomía del cuerpo humano: físico principio y fin de éste; y descripción de sus partes” (36); “Economía natural del cuerpo huma-

(32) *Ibid.*; pág. 152.

(33) *Ibid.*; págs. 156-57.

(34) *Ibid.*; vol. II; pág. 15. En ocasiones este gozo sincero estalla vestido en cánticos; tal ocurre, por ejemplo, al reproducir los Salmos *Ecce, Domine, tu cognocisti omnia* (Psalm. 138, V, 4) y *Exaltabo te, Deus meus Rex* (Psalm. 144, V, 1).

(35) *Op. cit.*; vol. I; Introduc.; pág. 5.

(36) *Ibid.*; págs. 6-132.

no" (37), y "Economía vital o animal" (38); se inicia el volumen con una corta consideración general que titula: "El Hombre Físico, o Anatomía humana físico-filosófica: Prospecto y utilidad de su estudio que Dios propone a los hombres por medio del magisterio de la naturaleza y de la razón" (39). El volumen segundo lo integran los tres últimos Tratados, que versan, el cuarto, sobre "Economía sensitiva" (40); el quinto, del "Espíritu humano, su comercio con el cuerpo y sus operaciones imaginarias y mentales" (41); el sexto y último lo constituye un "Diccionario anatómico" (42).

"El hombre —escribe nuestro autor en la "Introducción" a la obra— a la consideración del filósofo aparece con muchas y diversas relaciones, que se pueden reducir a dos clases, que son la del hombre moral y la del hombre físico"; la segunda, añade, "se aprehende en la consideración anatómica de su cuerpo y el análisis de la naturaleza y de las funciones del espíritu que le anima. Estas últimas relaciones dan materia al presente tratado, en que con relación al cuerpo y espíritu del hombre, se hace de él anatomía física con reflexiones filosóficas" (43). Este conocimiento de la individualidad humana, del organismo y sus funciones, no es sólo capítulo principal en la formación del médico (44), pues su conocimiento importa también, de modo principal, a todos los hombres. Determinadas cualidades debe poseer la obra que pretenda difundir tal conocimiento. "Para que se logre hacer común el conocimiento de la anatomía —escribe Hervás (45)— es necesario que haya libros filosóficos para el público y para los sabios. En los que sirvan para estos se pueden disimular los defectos de la erudición inútil, especulación, etc.; pero en los que sean para instrucción del pueblo, no deben faltar la simplicidad, claridad y brevedad". Goza de tales cualidades la obra que ahora comento; consiguió con ella nuestro autor dar realidad a la intención que le movió a escribirla. "No hay, dice Hervás en la Introducción a la obra, capítulo del saber accesible a la curiosidad humana que más importe a los hombres que este

(37) *Ibid.*; págs. 133-240.

(38) *Ibid.*; págs. 241-480.

(39) *Ibid.*; págs. 1-5.

(40) *Ibid.*; vol. II; págs. 1-162.

(41) *Ibid.*; págs. 163-384.

(42) *Ibid.*; págs. 385-556.

(43) *Ibid.*; vol. I; pág. 1.

(44) En el cap. I del Tratado primero, págs. 17 *et seq.* señala Hervás las importantes relaciones que la anatomía guarda tanto con la Medicina como, en menor grado, con la jurisprudencia; esta sobrevaloración del saber anatómico, muy característica del siglo XVIII, fué propalada en España por el doctor Martín Martínez. Hervás, fiel a su época, escribe: "La medicina no puede ser útil sin el conocimiento de la anatomía"; tal saber, añade, "muchas veces previene, o hace superfluos los remedios de la medicina" (*Ibid.*; vol. I; página 13).

(45) *Ibid.*; pág. 16.

conocimiento de su propia naturaleza; es la fábrica de su cuerpo y sus funciones, añade, “obra maestra de la mano omnipotente, y obra la más primorosa de cuantas se reconocen en la creación terrestre” (46). “Si lo útil —se pregunta Hervás— lo maravilloso y lo perfecto dan materia la más digna a la consideración del hombre, ¿qué cosa más interesante encontrará éste en el mundo que a sí mismo? (47); el imperativo de su razonamiento le lleva a concluir: “Si en sí mismos los hombres tienen el objeto más útil, maravilloso y perfecto, el conocimiento de tanta utilidad y bondad los debe obligar a considerarse a sí mismos. Y esta es la ciencia que con el título de anatomía físico-filosófica propongo en esta obra” (48).

Precede al desmenuzado análisis de las partes que integran el organismo, una consideración sobre el “principio y fin del cuerpo humano considerados físicamente” (49); la especulación de Hervás sobre los orígenes de la fábrica del organismo abunda en noticias que acerca de lo mismo proporcionaba ya, a los estudiosos de su tiempo, la naciente química; “el organismo, escribe Hervás, considerársele podría, en primer lugar, en sus primitivos o elementales principios, según las luces de la nueva reciente química” (50), y aunque, como añade, no es tal estudio materia que a él corresponde tratar, no deja por ello de augurar, proféticamente, los dilatados territorios que la más joven entonces entre todas las ciencias abrirá al saber médico: “nuevo campo de estudios —escribe (51)— ofrece la moderna química, proponiendo tales descubrimientos, que si llegasen a ser tan verdaderos como se empiezan a creer, podremos decir que hasta ahora no solamente se ha dexado de saber mucho de lo que pertenece a la medicina, sino que también se ha ignorado el fundamento de la verdadera física”. Lo inconocible en la formación del organismo, “de lo que la naturaleza obra en los ocultos senos en que empieza a formar el feto humano”, no imposibilita, escribe nuestro autor, reflexionar sobre su origen físico, pues la identidad, en los entes corpóreos, entre su fin y los principios que los integran, autorizan, sobre el conocimiento de su desintegración final, a deducir una opinión admisible de lo que en el comienzo de su creación acontezca. “Los elementos —afirma así Hervás (52)— son los principios y los fines de todas las obras de la naturaleza: empieza en ellos y en ellos acaba. Si empezara sin ellos, empezaría desde la nada; y en ésta acabaría si no acabara en ellos; mas la naturaleza, incapaz de criar ni de aniquilar, no puede empezar desde la nada,

(46) *Ibid.*; pág. 9.

(47) *Ibid.*; pág. 10.

(48) *Ibid.*; pág. 11.

(49) *Ibid.*; págs. 44-74.

(50) *Ibid.*; pág. 44.

(51) *Ibid.*; pág. 45.

(52) *Ibid.*; pág. 46.

ni acabar en ella”; facultad, esta última, reservada al Sumo Creador. El cuerpo humano, por tanto, “no es otra cosa que un compuesto de elementos que acaba en lo que dió principio... El caos en que giran y se conservan inmutables los elementos, son el principio y el fin de todos los cuerpos humanos (53), y de todas las producciones de la naturaleza. En él está la oficina de todo lo que se produce o forma y de todo lo que formado se disuelve”. Concluye este capítulo, preliminar para la exposición anatómica, con una disertación acerca de las diversas causas (tipos de enterramientos, naturaleza de las tierras en que éstos se efectúan, etc.) que pueden motivar diferencias en el ritmo de desintegración que sigue a la muerte corporal (54).

El estudio morfológico del organismo humano lo realiza Hervás en el capítulo III del Tratado Primero, acomodándolo, nos anticipa, “no al método riguroso que prescribe la ciencia anatómica, sino al simple y fácil que mejor conviene al práctico conocimiento y a la noticia común que se tiene del cuerpo humano y de sus partes principales” (55). Después de una loa a la “admirable construcción del cuerpo humano” (56), la propia descripción anatómica la integran, en la obra de nuestro autor, tres párrafos: el primero (57), dedicado a estudiar el esqueleto, armazón del organismo, incluye una breve consideración ascética sobre los pensamientos que en un espíritu religioso despierta su contemplación; sigue a ella su descripción, según el orden siguiente: cabeza, busto y extremidades. En el segundo párrafo (58), donde describe “las partes cárneas, nérveas, musculares, etc., que cubren y se entretexen con los huesos del esqueleto humano”, da cuenta, en primer lugar, de la naturaleza de estas partes (59), y seguidamente del orden como tales elementos se combinan para formar, recubriendo el armazón óseo, la fábrica orgánica, integrada por tres grandes regiones: la suprema o vientre supe-

(53) Esta afirmación obliga a nuestro autor, celoso en cuanto pudiera ser motivo de falsas interpretaciones, a añadir a lo escrito unas reflexiones “sobre la incorrupción que el filósofo religioso, a despecho de la contradicción de las leyes naturales, observa en algunos cadáveres humanos, habitación que fueron de espíritus heroicos por su virtud” (*Ibid.*; págs. 49-54). Es éste un buen ejemplo de cómo su fervorosa aceptación de las ideas de su siglo no hizo en Hervás vacilar el firme suelo de sus creencias.

(54) *Ibid.*; págs. 55-74.

(55) *Ibid.*; pág. 74.

(56) *Ibid.*; págs. 75-89.

(57) *Ibid.*; págs. 89-117.

(58) *Ibid.*; págs. 117-132.

(59) Son éstas, según la cuenta de nuestro autor, las siguientes: ternillas o cartílagos; fibras; nervios; membranas; venas y arterias; músculos; glándulas, y líquidos circulantes.

rior (cabeza); la media (cavidad torácica), y la ínfima (cavidad abdominal) (60).

II.—Fisiología

Los dos últimos Tratados del volumen primero y el primero del segundo volumen los dedica Hervás al estudio de las funciones del organismo humano, cuya imagen morfológica acabamos de conocer. Clasifica sus funciones en tres clases: naturales, vitales y animales, que forman, nos dice, “las tres economías que considero en el cuerpo humano, y que llamo economía natural, economía vital y economía sensitiva” (61); por “economía natural”, añade, “entiendo todo lo que el mecanismo del cuerpo humano hace para recibir los alimentos, digerirlos, convertirlos en propia sustancia y desechar de ellos por transpiración la parte que le sea inútil o perjudicial” (62); pertenecen a la “economía vital” aquellas funciones “de las cuales depende la vida, así como de las naturales depende la salud. Sin ésta el hombre vive, porque de las funciones naturales, aunque necesarias mediatamente para vivir, no depende inmediatamente la vida, sino el más o menos corto vivir” (63); finalmente, integran la economía sensitiva” los órganos, de los sentidos a los que define, un tanto literariamente, de “centinelas que atentamente velan en nuestro servicio y conservación: son como ventanas por donde nuestro espíritu se asoma para observar los objetos sensibles: son como espías que la naturaleza puso en el cuerpo para dar noticia de todo lo sensible al espíritu: son como unos correos que a éste traen las nuevas de quanto pasa en el mundo sensible; y son últimamente, como criados de antesala que le sirven para darle las embaxadas de todo lo material, por medio de las cuales con esto el espíritu comunica” (64). Veamos ahora, brevemente, lo que de más singular ofrecen las ideas fisiológicas de Hervás.

En el Tratado que dedica a la “economía natural” expone en dos

(60) No deja Hervás de señalar las semejanzas existentes entre el organismo humano y el de ciertos animales, y también la utilidad que para la anatomía humana tiene el estudio anatómico de tales especies, sobre todo, concreta, la del “pongo” o “orang-outang”; al comentario, detenido, de estas analogías, y cuantas opiniones emitieron sobre lo mismo los naturalistas de su época, dedica el párrafo titulado: “Utilidades que al hombre resultan del conocimiento anatómico de los animales, que en la organización corporal son semejantes” (*Ibid.*; págs. 32-44). Sobre lo mismo habla también en el Libro sexto de su *Historia de la vida del Hombre*.

(61) *El Hombre Físico*; vol. I; pág. 134.

(62) *Ibid.*; pág. 134.

(63) *Ibid.*; pág. 241.

(64) *Ibid.*; vol. II; pág. 12.

capítulos las funciones de “digestión” (65) y “transpiración” (66); nada que pueda hoy importarnos dice en ambas. No sucede lo mismo, sin embargo, en el tercer capítulo, donde explaya su “idea del primer móvil físico en el mecanismo de la nutrición y vegetación del cuerpo humano” (67), con que nuestro autor señala lo que fray Luis de Granada, a quien cita, dió el nombre de “facultad vegetativa del espíritu humano” (68); añade también las opiniones de diferentes autores sobre lo mismo, para finalizar con una reflexión religiosa que señala la barrera que deslinda el campo de lo racionalmente conocido y la infinitud de lo inconocible: “en orden al asunto propuesto del móvil perpetuo que en la naturaleza existe y efectúa el movimiento continuo de las partes corporales en su nutrición y vegetación, repetiré, concluyendo este discurso, lo que en asunto no muy desemejante ha escrito un docto naturalista moderno (69), diciendo así: “No solamente del gran poder del primer Movedor han recibido los animales la primera impresión de su movimiento, sino también a él deben el uso continuo que de él hacen para su conservación. Esta es una de las verdades que San Pablo hizo oír a los filósofos de Atenas, anunciándoles el evangelio. Dios, les decía este apóstol, (70), *es aquel de quien provienen y dependen la vida, el movimiento y la existencia*” (71).

El estudio de las funciones vitales obliga a nuestro autor a plantearse el problema de qué funciones del organismo deben calificarse de esenciales para la vida. En su opinión “la organización corporal, necesaria para la sensibilidad y vitalidad, pide solamente nervios, y los pide con independencia del cerebriilo, del corazón y de los pulmones, sin los que, aunque creídos partes esenciales del cuerpo humano, pueden subsistir la sensibilidad y vitalidad de éste” (72); siguiendo ideas de Brown (73), añade Hervás: “sin cerebriilo, sin corazón y sin pulmones se ha dado excitabilidad sensible en algunos hombres de cuerpo que no estaba organizado o era algo monstruoso. Por tanto, el sistema nervioso en que reside la excitabilidad sensible, se ha de considerar como un puro complejo de nervios de

(65) *Ibid.*; vol. I; págs. 142-193.

(66) *Ibid.*; págs. 193-223.

(67) *Ibid.*; págs. 223-240.

(68) Sobre las ideas fisiológicas del autor de la *Introducción del Símbolo de la Fe*, puede el lector cf. con provecho la obra de P. Lain Entralgo: *La Antropología en la Obra de fray Luis de Granada*; Madrid, 1946; en especial las págs. 217 et seq.

(69) Lesser: *Theologie des insectes*, c; vol. I; lib. I; cap. X; pág. 277.

(70) Act. Apostol: *In ipso enim vivimus, et movemur, et sumus (17.28)*.

(71) *El Hombre Físico*; vol. I; pág. 239.

(72) *Ibid.*; pág. 244.

(73) Su obra interesó vivamente a Hervás, hasta el punto de escribir una traducción de sus ideas que tituló *Compendio de la nueva doctrina del doctor Juan Brown*; el manuscrito, fechado en 1799, se conserva, inédito, en la Biblioteca Nacional (Mss. 6.101).

qualquiera manera dispuestos, mas siempre con aquel orden que requieren las funciones de la sensibilidad" (74). No obstante sostener una concepción tan restringida de las funciones vitales y aducir, en apoyo de su tesis, numerosos ejemplos de fetos monstruosos que alcanzaron alguna vitalidad; sin embargo, repito, incluye en este Tratado tercero, dedicado a la "economía vital", los capítulos en que estudia las funciones cerebrales (75), de los músculos (76), del corazón y sus vasos (77) y de los pulmones (78); antecede al estudio de cada uno de estos sistemas una corta exposición anatómica de los mismos.

En opinión de Hervás, ninguna de las funciones orgánicas puede ser considerada como vital, y añade: "para que el cuerpo se llame y sea verdaderamente vivo, basta lo que precisamente es necesario para que le anime el espíritu. La ausencia de éste es la muerte del cuerpo, y su presencia es la vida, aunque en el cuerpo no haya funciones vitales, ni órganos para hacerlas; porque éstos y sus funciones no son vida, sino señales materiales y extrínsecas de la existencia de la vida que solamente proviene del espíritu" (79). Nunca alcanzará el hombre, sigue diciéndonos, a entender el modo cómo el espíritu, fuente de vida, vivifica al organismo, pues es éste conocimiento que escapa a la capacidad del saber humano (80). Si es, por tanto, el espíritu el "principio vital" único (81), "en ninguna parte del cuerpo humano existe, ni consiste el principio de su vitalidad... Luego las partes nobles del cuerpo humano reciben la vitalidad de un ente que existe en el cuerpo, y no es parte alguna de él" (82).

Las funciones de la "economía sensitiva", estudiadas por Hervás en el Tratado cuarto son expuestas según el orden siguiente: Sentidos del tacto (83), gusto (84), olfato (85), vista (86) y oído

(74) *El Hombre Físico*; vol. I; pág. 245.

(75) *Ibid.*; págs. 266-325.

(76) *Ibid.*; págs. 325-356.

(77) *Ibid.*; págs. 357-405.

(78) *Ibid.*; págs. 406-480.

(79) *Ibid.*; pág. 254.

(80) Esta afirmación da excusa a Hervás para dirigir a sus lectores una de sus frecuentes admoniciones religiosas: "llamo y prevengo la atención del lector—nos dice—para que, no dejándose arrastrar de aquella vana curiosidad, que es propia de los ignorantes en la física, limite su estudio a la investigación de lo que el Señor sujetó al conocimiento humano y se persuada que por providencia del Criador es inútil a los hombres el conocimiento de lo que oculta a la perspicacia humana" (*Ibid.*; pág. 259).

(81) Cf. lo que razonando esta afirmación dice Hervás en el capítulo II del Tratado tercero de su obra.

(82) *Ibid.*; págs. 261-62.

(83) *Ibid.*; vol. II; págs. 19-24.

(84) *Ibid.*; págs. 25-38.

(85) *Ibid.*; págs. 39-52.

(86) *Ibid.*; págs. 52-93.

(87); un capítulo final (88) está dedicado a una "reflexión sobre los ejercicios de los sentidos del hombre comparados entre sí, y con los de las bestias". También en este Tratado, como en los anteriores, se completa la exposición de cada función con una breve introducción anatómica del correspondiente órgano sensorial. Al tratar de las funciones del oído incluye el autor una detenida referencia a la sordomudez y los problemas educacionales que plantea (89).

III.—*Funciones del espíritu*

Completa el estudio de las funciones orgánicas un análisis del funcionalismo psíquico (90) y de las relaciones existentes entre ambas, pues, como apunta certeramente Hervás, cuando nos hacemos problema de nuestra propia realidad debemos entender con el término "hombre" que la define, "un compuesto de cuerpo y espíritu racional que le anima" (91). Esta relación psicoorgánica se entabla de acuerdo a una jerarquización de sus componentes, en la que la primacía es concedida, desde luego, al espíritu. Su espíritu es "propiamente el hombre", escribe nuestro autor, y añade, con mente cartesiana: "su espíritu es el que conoce, y dice: yo soy; yo existo; yo vivo; yo pienso, quiero y me acuerdo: todo lo que yo no soy es extrínseco a mí: no soy el cuerpo que yo animo: éste vive y se mueve por mí: viviendo yo, en él perecen y mueren algunas de sus partes: y todo él necesariamente debe quedar muerto e inerte, si yo no vivo en él: mas no porque muera el cuerpo yo dexaré de vivir; porque no vivo por el cuerpo, que por sí no es vital" (92).

Su exposición de lo que es el espíritu, "formalmente el mismo hombre", la cumple Hervás estudiando, en capítulos sucesivos, la "naturaleza del espíritu humano" (93); el "comercio del espíritu y cuerpo humano: sus misterios e incomprensibles efectos" (94); las "funciones de la fantasía y operaciones del espíritu humano" (95). Es aquí donde se aprecian más claramente las divergencias que distancian las ideas de Hervás de las que eran corrientemente admitidas por los filósofos "ilustrados" de su siglo; disparidad de criterio provocada siempre por la oposición existente entre muchas de

(87) *Ibid.*; págs. 93-152.

(88) *Ibid.*; págs. 152-162.

(89) Recuérdase que sobre lo mismo escribió Hervás ampliamente en su *Escuela española de Sordomudos, o arte para enseñarles a escribir y hablar en español*; Madrid, 1795; dos vols.

(90) *El Hombre Físico*; vol. II; págs. 163-384.

(91) *Ibid.*; pág. 164.

(92) *Ibid.*; pág. 164.

(93) *Ibid.*; págs. 165-181.

(94) *Ibid.*; págs. 181-200.

(95) *Ibid.*; págs. 200-384.

las ideas que divulgó la *Encyclopédie* y los dogmas de la Iglesia. Hervás rechaza, al tratar de las relaciones psicoorgánicas, cuantas teorías se propusieron hasta su época para explicar este proceso que él declara irresuelto e irresoluble por vía de discurso (96). Las funciones de la fantasía y del espíritu comprenden, según su cuenta, primero, las de la fantasía (97), y, después, las tres potencias del espíritu: memoria, entendimiento y voluntad; sigue luego una descripción de la "conciencia del espíritu humano" con lo que denomina "algunos conocimientos claros y ciertos que nuestro espíritu parece tener por sí mismo en orden a lo físico y a lo moral" (98), y una referencia a los "actos y hábitos del hombre". Termina su estudio de las funciones del espíritu con un discurso acerca de las "miserias del hombre en la vida mental, y deseo que siempre tiene de ser feliz y bienaventurado"; recuerda aquí Hervás cómo el hombre se ve sometido, por su condición, al doble yugo de las flaquezas de su cuerpo y su espíritu; su reflexión, que le sirve para contraponer a esta imagen la del sumo bien reservado al virtuoso en una vida no perecedera, concluye en esta reflexión final (99): "aunque fuera solamente probable su bienaventuranza eterna, siempre será cierto que el obrar bien en la vida mortal para lograr la bienaventuranza eterna, que solamente fuese probable, es infinitamente mejor que el obrar mal por gozar de un bien finito; porque el menor bien infinito solamente probable, porque puede ser cierto, es infinitamente preferible al mayor bien finito".

III. LA VIDA DEL HOMBRE

1.—Edades del hombre

A la imagen del hombre, en su realidad psicoorgánica, que acabamos de resumir, añadió nuestro autor un detenido estudio de cuantos otros problemas plantea el conocimiento del ser humano, y a su exposición dedicó su *Historia de la vida del Hombre*. El contenido de sus siete volúmenes se halla ordenado en seis libros a los que encabezan los siguientes epígrafes: 'Concepción del Hombre, y

(96) *Ibid.*; pág. 183.

(97) "Si se dixese—escribe Hervás—que la fantasía es espejo en que el espíritu ve las cosas sensibles, se diría bien; pero es necesario advertir que ella retiene y conserva las imágenes de los objetos, y puede proponerlas á su vista mental, aun quando estas se hayan ausentado, lo qual no se verifica en el espejo. Por esto se debe mirar la fantasía como un vastísimo almacén donde están depositadas innumerables representaciones, en las que el alma pueda ver los objetos sensibles" (*Ibid.*; pág. 207).

(98) *Ibid.*; pág. 329.

(99) *Ibid.*; pág. 384.

su estudio hasta su nacimiento' (100); 'Infancia del Hombre' (101); 'Niñez del Hombre' (102); 'Pubertad y juventud del Hombre' (103); 'El Hombre en su virilidad' (104), y 'Vejez y muerte del Hombre' (105). Tres son los temas que se analizan en los libros citados: Edades por las que transcurre el existir humano entre su concepción y su muerte; normas que deben dirigir su educación; dimensión social y religiosa de la personalidad humana. Dedico esta tercera parte de mi estudio a esbozar, en sus líneas principales, el pensamiento de Hervás sobre estos capítulos de su Antropología.

Las edades del hombre son, según Hervás, cinco, o seis si calificamos de tal el período de existencia intrauterina. Veámoslas. Tras un primer capítulo (106) consagrado a exponer algunas ideas generales sobre el ser humano, entra nuestro autor en el tema del primer libro de su obra, dispuesto a desterrar cuantas quimeras y absurdos acerca de la concepción y la vida intrauterina se propalaban y discutían seriamente en su tiempo; "pretendo —escribe (107)— separar lo falso de lo verdadero, y lo improbable de lo verosímil". Su disertación se desarrolla de acuerdo con el temario siguiente: 'Concepción del Hombre' (108); 'Formación de varios fetos' (109), discutiendo aquí el problema de la superfetación; 'Tiempo que el feto humano se detiene en el seno materno' (110); 'Abortos' (111); 'Alimento y respiración del feto en el seno materno' (112); 'Descripción del feto' (113), y 'Conducta de vida que debe observar la mujer que está en cinta' (114), a lo que añade una reflexión sobre el bautismo del feto. La intención crítica con que están redactados estos capítulos la descubre nuestro autor al escribir: "Yo me figuro que mientras trato o considero al hombre en el útero materno, estoy en un campo de batallas, semejantes a las que Hércules tuvo desde niño atropellando, venciendo y extirpando monstruos" (115). Su

(100) *Historia de la vida del Hombre*; vol. I; págs. 1-108.

(101) *Ibid.*; págs. 109-315.

(102) *Ibid.*; págs. 316-379.

(103) *Ibid.*; vol. II; págs. 1-432; vol. III; págs. 1-341, y vol. IV; página; 1-382.

(104) *Ibid.*; vol. V; págs. 1-322, y vol. VI; págs. 1-127.

(105) *Ibid.*; vol. VI; págs. 128-455, y vol. VII; págs. 336-474. Recuérdese que las págs. 1-336 del vol. VII no son más que una repetición literal del texto contenido en las págs. 128-455 del vol. VI.

(106) *Ibid.*; vol. I; págs. 1-22.

(107) *Ibid.*; pág. 23.

(108) *Ibid.*; págs. 22-53.

(109) *Ibid.*; págs. 53-65.

(110) *Ibid.*; págs. 66-69.

(111) *Ibid.*; págs. 69-81.

(112) *Ibid.*; págs. 82-94.

(113) *Ibid.*; págs. 95-99.

(114) *Ibid.*; págs. 99-108.

(115) *Ibid.*; pág. 54.

cautela le indujo, incluso, a desconocer el fundamental apoyo que al conocimiento científico de la concepción empezaba en su época a aportar la naciente técnica de observación microscópica. A las observaciones de Leeuwenhoek opone Hervás este escéptico comentario: "no creeré fácilmente las de Lewenhoeck (*sic.*), sobre la substancia seminal, que se oponen á otras mas ciertas, que últimamente ha hecho y publicado el Abate Spallanzani, sobre la generación de los animales en su Física animal y vegetable" (116).

La infancia, no contando como tal el período de vida fetal, es la primera de las edades en que Hervás fracciona el decurso del existir humano. Comprende su primer setenio. Inicia el estudio de la misma con una exposición del 'nacimiento del Hombre' (117), al que siguen sus razonamientos acerca de las causas de parto y de niños expósitos, proporción que existe entre los nacidos de ambos sexos, y una descripción del aspecto físico del recién nacido. Sigue un capítulo sobre 'la semejanza ú desemejanza de los hijos á sus padres' (118); otro sobre 'monstruos humanos' (119), tema éste por el que Hervás mostró gran interés, y 'hermafroditismo' (120); habla después acerca de muy variadas cuestiones de puericultura y patología infantil: 'Mortandad de infantes; conducta que se debe seguir con ellos desde su nacimiento hasta el tercer mes de su edad' (121); 'Tiempo en que el infante empieza á manifestar su racionalidad; salida de sus primeros dientes; y conducta en criarle desde el cuarto mes de su vida hasta los dos años de edad' (122), y 'Tiempo en que el infante empieza á hablar; si hay idioma natural del Hombre; y sobre la diversidad de idiomas' (123); otro capítulo está dedicado a tratar de las más frecuentes enfermedades del niño (124). También aquí, como en el libro anterior, se revela el espíritu crítico de Hervás, cuando entra a saco en el mundo de leyendas que circulaban acerca de las monstruosidades; romper, armado de las luces de la razón, contra la fantasía y el absurdo, fué empeño al que se entregaron no sólo Hervás sino los más calificados eruditos del siglo; recuérdese, para citar un solo ejemplo, bien demostrativo, la obra de Feijóo y cuantas polémicas dió motivo.

Sigue a la infancia la niñez; este segundo período de vida, dice nuestro autor, "en los varones dura otro septenio; y solamente cinco

(116) *Ibid.*; pág. 58.

(117) *Ibid.*; págs. 109-143.

(118) *Ibid.*; págs. 144-154.

(119) *Ibid.*; págs. 154-183.

(120) *Ibid.*; págs. 183-189.

(121) *Ibid.*; págs. 189-218.

(122) *Ibid.*; págs. 218-230.

(123) *Ibid.*; págs. 231-245.

(124) *Ibid.*; págs. 245-267. Acerca de estas opiniones de nuestro autor cf. Luis S. Granjel: "Las ideas médicas de Hervás y Panduro", próximo a publicarse.

años en las hembras" (125). Los capítulos de este libro, dedicados exclusivamente a temas de educación serán analizados más adelante. Tampoco haremos ahora mención de los capítulos consagrados, en el libro cuatro, a la pubertad y juventud, pues, al igual que los del libro tercero, estudian únicamente problemas educacionales. Siguiendo su fraccionamiento de la existencia en períodos de siete años, la pubertad abarca los comprendidos entre los quince y los veintiún años, y la juventud los que separan esta última fecha de los veintiocho añ.s. Al cumplirlos, entra el hombre en su virilidad, estado de máxima perfección, pues en él alcanza la plenitud de su desarrollo orgánico, de sus funciones psíquicas, y asimismo finaliza su formación cultural, moral y civil. "Tanto en los hombres como en las mugeres —escribe Hervás (126)— la edad viril es aquella en que todos, sin excepción, han adquirido toda la perfección que respectivamente les conviene, y presentan la figura humana en su mejor estatura corporal, color, fisonomía, proporción de miembros y temperamento de humores, que forman la hermosura del cuerpo humano". Todo el Tratado II del libro quinto está dedicado a analizar los diferentes aspectos de tal perfectibilidad; trata allí, en otros tantos capítulos, de la 'Figura y hermosura corporal del hombre, grandeza, proporción y perfección del cuerpo humano' (127); 'Efectos maravillosos de la simetría y correspondencia de los miembros del cuerpo humano' (128); 'La mayor y menor estatura que el cuerpo humano llega a tener en la edad viril del hombre' (129); 'Color del hombre' (130); 'Fisonomía del hombre' (131); 'Variedad de temperamentos naturales' (132), y dos capítulos finales en los que analiza, en el primero, las causas de la degeneración de la especie humana (133), y en el segundo cómo es el hombre, por su figura corporal, "término de perfección de todos los entes sensibles" (134).

Clausura el curso natural de la vida humana la vejez, que aboca al insoslayable acabamiento de la muerte. Estudia aquí Hervás, entre otros temas que luego mencionaré, el 'estado del hombre en la vejez' (135) y la 'edad decrepita' (136), designación con la que alude a los años finales de la vejez, verdadera antesala de la muerte, "parte de vida —añade (137)— que es más animal que humana", y también,

(125) *Historia de la vida del Hombre*; vol. I; pág. 316.

(126) *Ibid.*; vol. V; pág. 72.

(127) *Ibid.*; págs. 72-86.

(128) *Ibid.*; págs. 87-103.

(129) *Ibid.*; págs. 103-138.

(130) *Ibid.*; págs. 139-155.

(131) *Ibid.*; págs. 155-161.

(132) *Ibid.*; págs. 162-196.

(133) *Ibid.*; págs. 196-203.

(134) *Ibid.*; págs. 203-206.

(135) *Ibid.*; vol. VI; págs. 129-153.

(136) *Ibid.*; págs. 153-159.

(137) *Ibid.*; pág. 154.

“vida que hace visible la muerte”; en la decrepitud, el anciano deja de ser figura activa y útil de la comunidad; su existencia es sólo mera ‘vida natural’ semejante, en este aspecto, a la del hombre en su infancia. La contemplación del existir humano desde el límite postrero de su muerte, despierta en nuestro autor unas reflexiones sobre la ‘duración de la vida del hombre’ (138), a las que añade minuciosos cálculos sobre la vitalidad humana y la mortandad en las diferentes edades. Hay también en este libro sexto un capítulo en que considera la existencia humana bajo el evento, azaroso, de la enfermedad (139), y la muerte del hombre (140); “la consideración del hombre en la muerte —dice nuestro autor (141)— nos convida a formar algunas reflexiones acerca de lo que pasa en aquellos instantes que preceden inmediatamente a ella, y experimenta en el momento mismo de morir. De donde pasará a proponer a quienes debe o no debe ser temible la muerte”. Es la de Hervás una certera valoración de ese tránsito de la muerte, momento supremo y último de existir, en el que parece condensarse, resumida en una brevísima fracción de tiempo, la vida anterior. Estudia aquí ‘algunas circunstancias que suelen preceder a la muerte y otras reflexiones sobre el temor a la muerte’. Siguen a la exposición de estos temas otros dos capítulos; uno, donde considera el cadáver, y lo que nuestro autor califica como ‘conducta poco piadosa que se suele observar con éste’ (142), y otro donde se expone sobre distintos aspectos referentes al ‘funeral del cuerpo y espíritu del hombre muerto’ (143).

2. Educación

En los años que anteceden a la virilidad, es cuando deben proporcionarse los conocimientos culturales, las nociones morales y las reglas de conducta que hagan del hombre un ser útil para la sociedad de que forma parte. Los principios educativos propugnados por Hervás son los corrientemente aceptados en su época; su sobrevaloración responde también a las ideas entonces vigentes, y que hicieron merecer a su siglo el sobrenombre de ‘educador’. Dos aspectos ofrece, a juicio de nuestro autor, la educación moral: “uno mira a formar el espíritu humano según las leyes y costumbres racionales de la ciencia civil y política; y otro mira a formarle según las máximas que dicta la razón, y con nueva perfección enseña la Religión” (144); sobre

(138) *Ibid.*; págs. 235-259.

(139) *Ibid.*; págs. 159-171. Lo que en este capítulo expone Hervás no es tema que haya de ser aquí comentado. Cf. sobre ello Luis S. Granjel: “Las ideas médicas de Hervás y Panduro”; próximo a publicarse.

(140) *Historia de la vida del Hombre*; vol. VI; págs. 171-201.

(141) *Ibid.*; pág. 171.

(142) *Ibid.*; págs. 201-209.

(143) *Ibid.*; págs. 209-234.

la formación cultural, la opinión de Hervás es taxativa: "No hay persona —escribe— (145) que para ser útil miembro de esta [la Sociedad] no necesite alguna instrucción científica".

Esta conformación de la personalidad humana, encomendada a la educación, debe ser iniciada ya en los primeros años de la vida, desde la infancia (146); en ella, dice nuestro autor, la racionalidad "aparece envuelta en las pasiones, que después con tanto daño corporal y espiritual dominan tiránicamente en muchos hombres. Estas pasiones son las malezas que la cuidadosa educación debe observar atentamente, y arrancar de raíz, para que el infante sea sano en cuerpo y alma. En el infante mas pequeño, las pasiones son pasiones; no se deben despreciar" (147). Durante la niñez, las normas educativas implantadas en la infancia deberán mantenerse e incluso intensificarse; sobre ello habla, con detenimiento, en los capítulos del libro tercero, tratando sobre la formación física, civil, moral y científica del niño (148) y de diversos problemas pedagógicos (149).

Son, sin embargo, los años de la pubertad y la juventud aquellos en los cuales la educación deberá conformar en la forma del ideal pedagógico aceptado la personalidad de los jóvenes. De la importancia que Hervás concedía a esta formación cultural, civil y religiosa, dice mucho el que a tales temas dedicase, íntegramente, los tomos segundo, tercero y cuarto de su *Historia de la vida del Hombre*; en realidad, casi la mitad de la obra. Constituyen estos volúmenes una auténtica enciclopedia donde se encuentran, compendiadamente tratados, completándolos una amplia bibliografía, cuantos aspectos del saber deben integrar el acervo cultural del hombre llegado a su virilidad.

En un capítulo inicial que titula 'Necesidad de la instrucción científica' (150) postula Hervás la utilidad de universalizar el saber: "Forman la felicidad del Estado —escribe allí (151)— el Hombre de letras, el Hombre de Gobierno, el Hombre de Religión, el de armas, y el de agricultura, artes, y comercio. Del Hombre en Sociedad, que no pertenece a una de estas clases, se puede decir que no sale de la menor edad; y es como un monstruo en la vida civil, que no

(144) *Ibid.*; vol. I; pág. 278.

(145) *Ibid.*; pág. 287.

(146) Cf. el capítulo IX del Libro segundo, titulado: "Educación del hombre en todo el tiempo de la infancia" (*Ibid.*; págs. 267-315).

(147) *Ibid.*; pág. 221.

(148) *Ibid.*; págs. 318-346.

(149) Son éstos: "Sobre la educación privada o pública" (págs. 346-351); "Si se debe usar el castigo con los niños" (págs. 351-354); "De los ejercicios propios de la niñez" (págs. 354-359); "Habilidades caballerescas que deben aprender los niños de familias nobles, ó civiles acomodadas" (págs. 359-367); "Educación de la muger en la niñez" (págs. 367-379).

(150) *Ibid.*; vol. II; págs. 17-28.

(151) *Ibid.*; pág. 17.

crece jamás, y siempre hace figura de infante". Añade poco después, precisando más su pensamiento: "Después de la Religión, el medio principal y casi universal para que ricos y pobres sean miembros útiles de la Sociedad humana, es el estudio de las ciencias; no porque los artesanos y agricultores deben ser profesores científicos; mas porque las ciencias influyen y contribuyen muchísimo en el aumento y perfección aun de las artes mas ínfimas" (152). Y no sólo esto, pues el hombre educado en el conocimiento de las diversas ciencias, añadirá nuestro autor, "es el miembro mas ilustrado y útil de la Sociedad civil; porque con ellas hace conocer mejor los deberes que la razón natural dicta para que la criatura se acerque al Criador, el hijo se estreche con el padre, el súbdito obedezca al superior, y los ciudadanos se unan entre sí con vínculos indisolubles de Religión y razón. Con las ciencias la Sociedad se hace civil y religiosa; y se inventan y perfeccionan las artes, que concurren para su felicidad temporal" (153). Los párrafos transcritos explican suficientemente, creo, las razones aducidas por Hervás para valorar la importancia social de una completa formación cultural tal como lo propone en su obra. Consecuente con su propio criterio, expone nuestro autor, como ya dije, sus exposiciones sobre las distintas ramas del saber. Comienza con un capítulo titulado 'El Hombre en las ciencias' (154), donde trata, entre otros temas, del estado de desenvolvimiento alcanzado en su tiempo por las ciencias, sobre las universidades y estudios públicos y acerca de los obstáculos que se oponen al desarrollo científico y el modo mejor de orillarlos. Clasifica Hervás las ciencias en menores y mayores. Se incluyen entre las primeras, según el orden en que son tratadas, las lenguas eruditas (155); la Historia y la Geografía (156) y la Poesía (157). Al exponer las ciencias mayores, intercala una breve introducción sobre 'El hombre en las ciencias mayores' (158), a la que sigue la exposición de las que considera como tales: Filosofía (159); Matemáticas (160); Medicina (161); Derecho civil (162); Derecho canónico o eclesiástico (163), y Teología (164).

(152) *Ibid.*; pág. 18.

(153) *Ibid.*; pág. 29.

(154) *Ibid.*; págs. 29-80.

(155) *Ibid.*; págs. 81-179.

(156) *Ibid.*; págs. 180-410.

(157) *Ibid.*; págs. 410-432.

(158) *Ibid.*; vol. III; págs. 1-11.

(159) *Ibid.*; págs. 12-167.

(160) *Ibid.*; págs. 168-209.

(161) *Ibid.*; págs. 210-341. Sobre este capítulo cf. Luis S. Granjel: "Las ideas médicas de Hervás y Panuro"; próximo a publicarse.

(162) *Historia de la vida de Hombre*; vol. IV; págs. 5-114.

(163) *Ibid.*; págs. 115-181.

(164) *Ibid.*; págs. 182-354.

No es solamente científica, como ya tuve ocasión de indicar, la educación propugnada por Hervás; también los aspectos moral y civil de la misma son tenidos en cuenta y a estudiarlos dedica el último capítulo del libro cuarto (165). “Las ciencias —escribe (166)— no hacen radicalmente feliz a la sociedad humana, solamente mejoran ó perfeccionan la felicidad verdadera que únicamente se logra con la buena educación moral y civil”. Y añade: “No hemos nacido para ser filósofos, matemáticos, historiadores, poetas, etc., no para saber y ejercitar las habilidades caballerescas; sino para ser honrados ciudadanos, y por la misericordia divina buenos cristianos” (167); y para conseguir esta doble virtud sólo ayudará a los hombres el conocimiento y cumplimiento de los deberes a que les obliga la sociedad de que son miembros y los que le impone la religión.

3. *El individuo y la Sociedad*

La vida del hombre transcurre dentro de una circunstancia que le es dada, siendo miembro de una sociedad, conviviendo con quienes la integran; asimismo, tras la muerte física, su vida ingresa en una segunda existencia, ésta perdurable, y lo que en ella ha de merecer: gozo inefable o dolor indecible, él mismo, en su existencia terrena, se lo proporcionará. Son así, coexistencia y vida trascendente dos dimensiones constitutivas de la personalidad humana; ambas fueron tratadas, ampliamente, por Hervás en el marco de su concepción del hombre.

Ya en su pubertad, opina nuestro autor, es el hombre miembro activo de la sociedad, y empiezan con ello a tener vigencia en su vida las normas que regulan la existencia colectiva (168); pero no es hasta su virilidad cuando tales deberes obligan plenamente al hombre, pues sólo entonces puede hallarse en posesión de todo su vigor físico e intelectual y de cuantos beneficios le habrá proporcionado la adecuada educación de su carácter. “Entró el hombre infante en el mundo, creció y vivió para formarse hombre: fórmasse hombre en la virilidad, y en ella él mismo concurre á formar el teatro del gran mundo en que entró al nacer” (169). “Nace el hombre en sociedad para vivir siempre en ella: por naturaleza es sociable: lo empieza a ser antes de conocer lo que es; y después que lo conoce continúa siéndolo por instinto, por dictamen natural de la razón, y por reflexión” (170). Cuatro son las formas bajo las cuales se des-

(165) *Ibid.*; págs. 355-382.

(166) *Ibid.*; pág. 355.

(167) *Ibid.*; pág. 359.

(168) Cf. lo que sobre ello escribe en los dos primeros capítulos de la parte primera del Libro cuarto (*Ibid.*; vcl. II págs. 3-17).

(169) *Ibid.*; vol. V; pág. 10.

(170) *Ibid.*; pág. 16.

envuelve, según Hervás, la vida comunitaria: Sociedad conyugal (171); sociedad fraternal y dependencia filial (172); sociedad servil (173), y sociedad mútua (174). En el Tratado III del libro quinto, vuelve nuestro autor a interesarse por determinados aspectos concretos de la vida social, que incluye en el epígrafe titulado: 'Discursos políticos relativos al hombre y á la sociedad civil' (175). La vejez no supone una liberación de tales deberes sociales; "no se ha de mirar al hombre anciano —escribe Hervás (176)— como un enfermo en el mundo político; antes bien se le ha de contemplar como sano y robusto en el consejo, supliendo con su mente vigorosa todo quanto falta á su cuerpo débil". Los capítulos II y III del Libro sexto (177) están consagrados por su autor a detallar las obligaciones y virtudes sociales que deben regir y adornar la vida del anciano en tanto miembro valioso de la comunidad. Los capítulos que fueron censurados en la edición española de la *Historia de la vida del Hombre*, pero que figuran en su anterior versión italiana, y a los que ya aludí al comienzo de este estudio, hubieran completado la exposición de Hervás sobre la dimensión coexistencial, social, del existir humano.

Tras haber descrito la muerte del hombre, entra nuestro autor a estudiar, en los capítulos que dedica al espíritu y su inmortalidad (178), la dimensión trascendente de la personalidad humana, y tratando de ella, de la religión y la verdad, incommovible, de sus dogmas. "He expuesto —escribe Hervás tras enumerar cuantas razones hacen intelectualmente admisible la creencia religiosa— el dogma de la resurrección universal de los hombres según la tradición profana: la opinión de algunos filósofos: las escrituras santas, y la razón... El hombre que salió de la nada, no por sí mismo, sino por voluntad y acción del poder divino, por virtud de este mismo existirá eternamente sin volver á ella" (179). Desprendiendo nuestra mirada de la corporeidad de la propia naturaleza, así como de nuestro existir comunitario, nos lleva Hervás a contemplar, contemplándonos, la realidad humana viviendo esa existencia perdurable sobre la que nada pueden dolor ni muerte.

(171) *Ibid.*; págs. 41-48.

(172) *Ibid.*; págs. 48-55.

(173) *Ibid.*; págs. 55-62.

(174) *Ibid.*; págs. 62-70.

(175) *Ibid.*; págs. 207-322; trata aquí, entre otros, de los siguientes problemas: "Luxo" (págs. 216-253); "Diversiones" (págs. 253-280); "Urbanidad y cortesía en el comercio humano" (págs. 281-307).

(176) *Ibid.*; vol. VI; pág. 128.

(177) *Ibid.*; págs. 134-153.

(178) *Ibid.*; págs. 359-455, y vol. VII págs. 336-474. El tratado *El Hombre en religión*, que no pudo ser publicado en la versión española de esta obra, contiene la exposición detallada de lo que escribe Hervás en las páginas que acabo de citar.

(179) *Historia de la vida del Hombre*; vol. VII; pág. 472.